

El Arquitecto

Juan José Espinosa Cuetos

Image not found.

Capítulo 1

I

La primera clase es siempre un tedioso trámite de introducción. Todo estudiante lo sabe. Dígase de cualquier asignatura: *Costos de la Construcción, Geometría Descriptiva, Visualización Gráfica, Historia del Arte y la Arquitectura, Fundamentos del Diseño*. En la primera clase de todo curso, casi por regla general, las interacciones se limitan a los protocolos. Los alumnos se presentan y el profesor lo mismo. Este último expone las políticas de la clase, desglosa el contenido teórico y especifica el sistema de evaluación. Fechas, exámenes, tareas; para resumir, las trivialidades de hábito. Quizás, si tiempo existe, cosa que es rara, porque tiempo nunca hay, se abre un pequeño diálogo con tintes filosóficos que de más está: ¿Qué es la arquitectura? ¿Es una cáscara, un espacio, una poesía, una cueva o una morada? Más crítico aún, ¿por dónde empezar? Esa es la cuestión que interesa aquí. Los orígenes por revisar son incontables y, más que incontables, recónditos: debemos sacudir la arena parda, remover las piedras calizas, cortar la maleza despelucada, tocar la tierra húmeda. Cerrar los ojos y recordar. Regresar al inicio. Pero insisto: ¿por dónde empezar? ¿Por las chozas prehistóricas de Terra Amata, por esas singularidades de piel, ramas secas y guijarros de playa, por esos refugios que construyeron los nómadas paleolíticos para ampararse de la intemperie del Mediterráneo? ¿O por las circunferencias megalíticas que irguieron los hombres en Stonehenge? ¿O por las ciudades amuralladas de las primeras civilizaciones, como lo fueron las majestuosas Ur y Babilonia, afincadas a un costado del río Éufrates? ¿Qué me dicen de las pirámides del Antiguo Egipto? Keops. Kefrén. Micerinos. ¿Qué piensan, muchachos? ¿Qué piensan?

Nadie dice nada.

Algunos duermen, otros aprovechan para charlar sobre las novedades del semestre, unos más anotan en su cuaderno las fechas de las evaluaciones o dibujan escalas humanas en los márgenes de la hoja. Pocos participan en la discusión filosófica. En la Facultad de Arquitectura, cuando menos en la mía, así sucede. Hay profesores que prefieren omitir estos protocolos introductorios o los catalizan para saltar de lleno a la acción, como también hay muchos otros que enfatizan su importancia y optan por darles su tiempo y lugar. De este modo, argumentan ellos, las pautas de la clase quedan establecidas y el grupo se llega a conocer mejor desde un principio. Bah, meras tonterías.

Esto sucede sobre todo al inicio de la carrera. Ustedes saben de lo que hablo, vamos, es fácil hacer memoria. Por ejemplo: la presentación de alumnos. El procedimiento no es nada del otro mundo (uno lo vive desde la primaria), y si bien es susceptible a ligeras variaciones, la línea

narrativa se mantiene siempre la misma: en la clase inicial cada uno de los compañeros, al llegar su turno, informa nombre, semestre, lugar de origen y por último (quizás la pregunta más difícil y para la que todos terminan reciclando respuestas anteriores), la razón por la que decidió estudiar la carrera.

Esta primera clase de la que les hablo yo, ante todo, y a mi parecer, es un prólogo de lo más tedioso e ineficaz. Tedioso porque es un desfile innecesario de nombres y orígenes y motivos, e ineficaz, porque todos terminan, a causa del superávit de datos personales, enterrando la información en un cementerio de palabras. Yo no me salvo, y he de confesarlo, al principio de mi carrera obviaba los nombres de mis compañeros. Retenerlos resultaba imposible. El de los profesores, ni se diga. Los confundía, los inventaba, los eliminaba. Construía y derrumbaba nombres (si es válido dramatizar) a diestra y siniestra como un constructor maníaco. Probablemente mis compañeros, en su momento, hicieron lo mismo con mi nombre. Lo desecharon al olvido.

La memoria no discrimina: descarta por necesidad.

Lógicamente, fue más bien con el paso del tiempo y los semestres que fui archivando no solo sus nombres y rostros en los depósitos de mi memoria, sino también sus habilidades, defectos y personalidades. Fui generando lo que se dice un inventario de colegas: los habilidosos para hacer renderizaciones y láminas conceptuales (Jesús Andrade, Carlos González, el Negro Ruiz), los amantes de la historia de la arquitectura (Julieta Montemayor, Pato Garza, Patricia Donají), los que formaban parte de la mesa directiva de la SAARQ (el Veracruzano, Hugo Cotera, Joel Vizcaíno) y por supuesto, los que no desaprovechaban oportunidad para armar una fiesta al cierre de las entregas finales (en esta lista de honor no debe faltar el Frijol, Raymundo López, Pedro Suárez y Sara la Flaca).

En mi generación somos ciento veinte estudiantes, de modo que, sí, ya podrán figurarse: uno tarda mucho tiempo en conocerlos a todos. Ciento veinte matrículas, ciento veinte nombres, ciento veinte arquitectos. Ciento veinte futuros competidores.

Irónico es, ahora que intento presentarme, no ideo otro recurso introductorio más que ese, el que sucede al inicio de cada primera clase. La cascada de datos: nombre, semestre, lugar de origen, motivos. Imagínense que me levanto de mi escritorio y les digo a ustedes y a este salón blanco, hipotético y desordenado que me llamo Francisco Vignola, aunque los que me conocen me dicen Paco. O Vignola, a secas. Aunque también existe un tercero apodo, y afortunadamente este queda entre familia. Mi mamá y mi hermana me llaman el archi, si bien temo que el mote es más burla sana que cualquier otra cosa.

Sí, ese soy yo. El arquitecto.

A veces dudo si mi familia me cree arquitecto o si en cambio me toma por una broma inofensiva e incoherente, un impostor que juega a garabatear geometrías ridículas en el aire. No los culpo: yo también, de cuando en cuando, porque la duda se asoma solo así, de cuando en cuando, sufro de vacilación vocacional. Es en estos momentos de titubeo que me siento más fingidor, un payaso ignorante que va por la vida sin saber lo que hace. ¿Cuándo se aprende a disimular? ¿Cuándo se quita uno la máscara? ¿Al recibir el título? ¿Al construir su propia casa?

Soy de la Ciudad de México, aunque estudio en el norte, aquí, en Monterrey, en esta ciudad de concreto, urbe caótica, absurda y singular, granja de automóviles, víctima de un sol terrible, casa de la carne asada. ¿Por qué? No lo sé, quizás porque, a diferencia de mi hermana menor que se quedó en la Ciudad de México a estudiar Sociología en la UNAM, yo anhelaba una aventura, un respiro de mis padres. Salir del nido, distanciarme de mi origen para volver a encontrarlo, ya saben de qué voy. Mi primer grito de soberanía, así le he llamado yo a esta decisión particular de mi vida.

En cuanto al semestre, curso el octavo de diez; es decir, con algo de suerte, estoy a un año y medio de graduarme, si es que la travesía no se alarga. He pasado por facetas varias, las manualidades arduas del principio, que si croquis, que si círculos cromáticos, que si planos a mano; los tormentos de los semestres medios, me familiaricé con el vocabulario técnico, los programas de computadora, la exigencia académica; esto sin mencionar que he probado un poco la madurez de los semestres últimos, donde hay, entre comillas, mayor seriedad metodológica. Se podría argumentar que soy, por tanto, un veterano del estudio, un viejo flaco barbudo con pergaminos en las manos, pero me siento tan novato como cuando entré, o apenas más: un idiota con bagaje. Este no será copioso, pero como mínimo guardo un puñado de consejos que no están de sobra y sirven a cualquiera. Los transcribo aquí con la ilusión de que algún día le sirvan a alguien más.

La cuarta y última pregunta sería la más difícil. ¿Por qué decidí estudiar la carrera de Arquitectura? Para esta pauso un segundo, calibro las palabras en mis labios. Frunzo el ceño, meditativo. Dudo qué deba contarles y qué no. Obviamente, la respuesta es compleja. Y aquí es donde inicia todo.

En un principio, como muchos otros, realicé un acto de fe. Esa parece ser la norma: un salto bravío y estúpido en la incertidumbre. ¿Qué iba a saber yo? Siendo un muchacho de dieciocho años, recién salido de la preparatoria, a duras penas iniciaba a asimilar la finitud de mi propia existencia, y, por ende, la urgencia de elaborar un plan de vida. Mis pensamientos continuaban enfangados en materias nimias: pensaba en Alejandra, la novia que había dejado atrás, me preocupaba el cambio de

ciudad, me comía la necesidad de adaptarme a sistemas inéditos. Planeaba cómo ganar un poco de músculo y germinar una barba inexistente. ¿Qué iba a saber yo sobre lo que quería hacer con el resto de mi vida? Mi abuela precisa mejor esta problemática: a los dieciocho años uno es un muchacho que no sabe ni sonarse los mocos.

En aquel momento, muchas disciplinas me llamaban la atención: química, ingeniería civil, incluso cinematografía. Lo quería ser todo y nada a la vez. Quizás arquitectura era, de entre todas ellas, la disciplina que más me apelaba. Pero tampoco era que tuviera una pasión desmesurada por ella. Se trataba de un interés parco: mi decisión se fundamentaba en una atracción por el diseño, esa palabra tan ambigua, tan danzante y brumosa. Esa palabra que todos usamos y sin embargo nadie sabe bien qué es: <<diseño>>. Tenía un interés en el diseño. Asimismo, tenía alguna que otra libreta de bocetos en mi habitación, un par de LEGOS, un mapa de la ciudad de Chicago pegado en la pared, esa suerte de indicios, de pequeñas pistas, pero basta ya. Creo que es este el discurso de la mayoría de mis colegas, y en sí, una de las respuestas más comunes a aquella cuarta pregunta. Se elige arquitectura por un interés en el dibujo, por el influjo de un familiar arquitecto, por una inclinación repartida hacia las matemáticas y el arte. Se elige esta disciplina por un pálpito, por apenas lo que se dice un susurro. O, en los casos más apáticos, aunque también válidos, se elige arquitectura por un incentivo monetario.

Pero son pocos (contados con los dedos de las manos) los que desde un principio anhelan ser arquitectos. O, en cualquier caso, los que hacen alarde de ello. Aunque ¿qué carajos significa ser un arquitecto? Son pocos los que nacen sabiendo lo que quieren o los que creen saberlo. De igual manera, son selectos, exclusivos, casi míticos, los que entran a la facultad con una noción aterrizada y sólida de la arquitectura. Me refiero a aquellos engréidos que se dicen a sí mismos y vociferan al resto: <<Quiero ser uno de los grandes>>. <<Quiero ser un Alvar Aalto, un Luis Barragán, un Rem Koolhaas>>. <<Yo nací para ser uno de los grandes>>. O bien, son pocos los que, aunque no entran con tal convicción, sí que la desarrollan rápidamente y no dudan en hacérsela saber a todo el mundo: les parte un rayo de amor, sufren una epifanía mágica, se les aparece Vitruvio desnudo una noche de insomnio diciéndoles que su más grande vocación es la de diseñar y construir. Pienso en Francia Gutiérrez, Joaquín García Ceballos o Ivette Cabassi. Esa suerte de estudiantes que gustan de presumir su amor por la arquitectura a los cuatro vientos, sin pudor alguno.

Un par de semestres les basta para caer profundamente enamorados de la disciplina y sembrar ese deseo irrefrenable por hacer algo importante con ella; no digo masticarla, dormirla, amansarla, sino transmutarla, empujarla o tergiversarla, llevarla al siguiente nivel. Se dan cuenta de que han encontrado lo que estaban buscando desde un inicio y no dudan en presumir su certeza: pronto se tatúan en la piel y el culo los utensilios

sagrados, el plano, la regla, el estilógrafo. Los repudio, pero a veces, me cuesta decirlo, también los envidio. Porque, muy en el fondo, yo también quisiera tener la certidumbre, ser poseído por esa hambre, sentir un amor envidiable por la profesión, volverme soberano y capitán. A veces es una bendición gozar de una pasión tan desmedida por un objeto tan específico. Una virtud de superhombres, diría Nietzsche. O de superestudiantes, diría yo. ¿El arquitecto nace o se hace?

Después se me esfuma la envidia, y claro, prefiero burlarme de ellos.

Eso sí, y quisiera aclarar para efectos de esta historia, poco a poco y a mi manera, yo también me he abierto a la profesión, pese a mi introvertida reticencia. Tampoco es que sea un vago ni un desvergonzado. No, tampoco. Tal vez mi pasión no es comparable con la pasión que presumen los compañeros que acabo de describir, con aquellos que viven, respiran y comen arquitectura todo el día, con los que llevan un cuaderno de bocetos hasta la taza del baño o con aquellos que leen a Kenneth Frampton como si de la misma Biblia se tratara, pero cuando menos es algo distinguible: cada vez me agrada más esta idea de ser arquitecto. Un síntoma benigno de cambio y madurez. Por ello mismo, este semestre he decidido ponerme a prueba. Lo hago antes de que me gradúe y, más crítico aún, antes de que me arrepienta. Porque arrepentirse no es una opción. Este semestre he decidido inscribirme en el taller de diseño del arquitecto Romero.

Lo sé. A simple vista, asemeja una decisión ordinaria. Un atrevimiento anecdótico, a lo mucho. Pero varios estudiantes de la facultad lo considerarían un acto suicida. Escucho sus voces, prorrumpiendo desde la lejanía, atónitas, confusas, sorprendidas, reclamándome: ¿Qué carajos haces Paco? ¿Acaso eres un idiota o qué?

Son pocos y valerosos (aunque algunos más bien abogarían por el adjetivo de masoquistas) los que se atreven a inscribirse en este taller de diseño. En el taller del Dr. Abelardo Romero García Pavón. Lo sé, hasta el nombre infunde miedo, y con debida razón.

¿Por qué es un acto suicida? Porque Romero es un hombre insano, y la respuesta es así de simple. Porque la exigencia del viejo calvo no conoce límites, y es, por como muchos cuentan, inhumana. Está por encima de otros pesos pesados como Úrsula Ugalde, la profesora que imparte Historia del Arte y la Arquitectura I (con quien sufrí terribles días haciendo innumerables bocetos de templos griegos y termas romanas) o Francisco Castañares y sus códigos indescifrables en plumón azul, profesor de Diseño de Estructuras de Concreto, entusiasta de reprobar a sus alumnos con exámenes imposibles. La leyenda de Romero es sin duda de las más conocidas y temidas en los pasillos del Depósito. Son diversos los halagos: el viejo de los tirantes azules, el bebedor fiel de café negro, el docente intransigente, el corazón de concreto, el crítico temible. Estricto al momento de calificar, aunque paradójicamente le vale un carajo el

sistema de calificaciones y los discursos optimistas de la universidad. Cree que son ramplonerías. Para él solo existe una musa de la que verdaderamente se merece la pena hablar: la Arquitectura. Sí, y con mayúscula. Y el resto son ramplonerías.

Por esta razón los alumnos de Romero son inconfundibles, son como una extraña tribu que practica costumbres cuestionables y maneja una lengua esotérica. Son una especie en constante peligro de extinción. Se les ve siempre apresurados y en muchas ocasiones con bolsas violáceas debajo de los ojos. Uno siempre los puede encontrar en las mesas del segundo piso del Depósito en pequeños grupos o parejas, elaborando maquetas con cartón corrugado o rayando planos impresos con plumas y marcadores. Rodeados de laptops, vasos de café o té verde, lápices y alguno que otro escalímetro o borrador. Absortos en su propio mundo. Incluso tengo la teoría de que si uno realizara el experimento de acercarse a ellos para preguntarles en qué día de la semana se encuentran, estos probablemente no sabrían responder: los alumnos de Romero viven sin tiempo. Para ellos lo mismo es un martes que un jueves que un domingo. Su única preocupación es la entrega semanal y viven vidas alternas, son estudiantes antes que individuos.

Esto me lleva a uno de los puntos más importantes en torno a esta locura que intento emprender este semestre (¿por qué lo haces Paco?, en serio, ¿por qué?). Cuando uno se inscribe con Romero, uno debe presupuestar sacrificios diversos, por no decir fiesta, salud, relaciones personales y desempeño académico. Un pacto con el diablo, si me permiten. Es como meterse la mano entre las costillas y arrancarse el corazón, y entregárselo a un demonio de las bellas artes por un poco de sabiduría y otro tanto de habilidad con la computadora y el lápiz.

Sin embargo, a estas alturas del camino, mi escepticismo es más grande que mi ingenuidad. Por ello sé que la leyenda del profesor Romero le debe más a la exageración y al dramatismo que a la realidad misma. Si un vicio tiene el estudiante de Arquitectura (del cual yo no me absuelvo), ese es el de quejarse acerca de su sufrimiento académico. El estudiante de Arquitectura es un mortal muy interesante; me refiero a que nunca abandona su orgullo y sin falta ensalza su dolor: se trata de un sufrimiento exclusivo, un sufrimiento de continuas desveladas, de estrés perenne, de maquetas y planos, de ojos secos por estar detrás de una maldita computadora durante catorce horas seguidas. Al quejarse el estudiante se reafirma, se dice y se presume arquitecto. Pero la realidad es, muchas veces este sufrimiento es mucho más proporcional a la desorganización del estudiante que en sí a la dificultad de la carrera. Por esta razón estoy convencido de que con orden y una sólida ética de trabajo es posible sobrellevar cualquier empresa, incluso si se trata de lidiar con el profesor Romero y su infierno académico. Tal vez no tenga la pasión de muchos otros (o de cualquier manera no presumo de ella con tanta firmeza), pero sí cuento con la determinación y el orden, y estas

cualidades conforman mi fortaleza. Estoy dispuesto a contraargumentar el credo de este edificio: el balance es posible, incluso si se es alumno del profesor Romero.

Ahora bien, ya para concluir esto, sea manifiesto, confesión o necesaria clarificación, mi razón va más allá de un idealismo rancio y anticuado. No hago esto para demostrar ninguna teoría, mucho menos para alzarme como uno de esos estudiantes que llevan la regla y el portafolio como espada y estandarte. Qué va. No soy ningún incendiario. Si he decidido al borde de mi carrera universitaria meterme con un profesor del calibre de Romero es porque en realidad mi futuro depende de ello, y porque creo que, a pesar de las adversidades que me esperan, es una decisión sensata.

Romero es una eminencia en la disciplina. Un genio, para dejarlo claro. O un demente, según se le mire. Basta con entrar a su oficina (edificio Aulas II, cuarto piso, oficina número 432), y darle un vistazo al pequeño recinto. No he tenido la suerte de visitarla, pero me han hecho saber que su oficina presume el aire de una biblioteca vasta e impecable, o mejor dicho, algo rayano a una capilla del conocimiento. Hablo de un orden rebosante de todo tipo de libros de arquitectura, robustos, polvosos, esbeltos, viejos, recientes, libros desconocidos y libros de cabecera, De re aedificatoria, Learning from Las Vegas, Las ciudades invisibles, Pensar arquitectura, La buena vida, Delirio de Nueva York, los tiene y los conserva absolutamente todos. Desde la pluma del viejo Alberti hasta la irreverencia de Venturi. Y faltaría hablar sobre su despacho, porque Romero, tal como muchos otros profesores, imparte clases por el gusto de hacerlo, pero su principal ingreso lo obtiene de otra parte. Romero & Asociados (lo sé, brutalmente original el nombre) es uno de los despachos de arquitectura más reconocidos de Monterrey y el país. Todos los estudiantes han oído hablar de él: el portafolio de la empresa enlista un sinnúmero de proyectos nacionales e internacionales, desde aeropuertos hasta escuelas hasta enormes complejos de usos mixtos, y ello sin mencionar los artículos en revistas gremiales, las conferencias y asesorías. Y bah, increíble es, el tipo todavía tiene el tiempo y el lujo de dar clases en la universidad. Romero es un prodigio, y eso nadie se lo quita. Un referente en todo el sentido de la palabra.

Muchos estudiantes se inscriben en su tormentoso taller porque existe una atractiva recompensa al final del curso. Bien es sabido que, al término de cada semestre, Romero contrata a los dos mejores estudiantes de su clase. Se trabaja medio tiempo, y sí, tal vez la paga, por lo que he escuchado, no es la mejor. Pero la reputación de su despacho, Romero & Asociados, no la iguala nadie. Esa es la verdadera razón por la que todos reservan un espacio en su horario académico y mandan solicitud al inicio del semestre al Departamento de Inscripciones para formar parte de este taller de diseño. Dan igual las promisorias desveladas, la excesiva carga de trabajo, los arranques de furia o los discursos desmoralizantes de

Romero. No importan los rumores amedrentadores, los ojos inyectados en sangre, la boca amarga, el insomnio anidado en el pecho. Estos son pormenores, secuelas que pasan a un segundo plano. Todos buscan esa oportunidad, la oculta puerta. Yo la busco. Es un deseo que forma parte de este mecanismo tan intrincado, y a momentos, tan ilógico, que es el prestigio. La construcción del currículum profesional. Me pregunto yo: ¿Quién no se ha sentido apabullado por el avance de otros? ¿Silenciado por los gritos ajenos? ¿Diluido por la inmensidad de las masas cotidianas? ¿Rezagado ante la pujanza de los astutos o abusivos? ¿Quién no busca hoy en día levantar la mano, gritar, saltar, proferir, abrirse paso a empellones por la muchedumbre, quién no busca un cacho de aire ante el atosigamiento de los jóvenes aglutinados, quién no busca ese pedestal, esa isla de salvación que nos rescatará del hacinamiento? ¿Quién no busca dejar de ser masa inerte, quiero decir, una masa menos de las demás masas, quién no busca ser notado por los de arriba y huir de este mar de candidatos, de este maldito mar asfixiante de cuerpos gregarios? Nos avientan migajas y somos un banco aturdido de peces peleando por esas migajas. Todos compiten, bregan, visten saco y corbata, estrechan manos, ofrecen sonrisas, se educan, consiguen entrevistas, lucen inteligencia, venden solvencia y esconden heridas. El mundo laboral es eso, un ecosistema hostil donde el despistado perece. Esa la reputación que le precede y yo no busco caer en la ceguera del ingenuo. No, por supuesto que no.

Por eso, creo yo, los alumnos se inscriben con el profesor Romero. ¿Por qué otra razón lo harían? Trabajar en su despacho es un infierno que merece otro libro, pero también un excelente vehículo para impulsar tu carrera profesional y ponerla en el mejor camino posible. No hay nada como empezar con el pie derecho en el campo laboral y más en estos tiempos tan competitivos, donde la eficiencia y el currículum parecen ser la directriz más valiosa. Tan solo en mi generación somos ciento veinte alumnos; es decir, ciento veinte arquitectos con los que tendré que competir el día de mañana. Y me estoy limitando a hablar de mi generación. Es en esta clase de momentos absurdos y extraños cuando asimilo mi existencia como una porquería infinitesimal, cuando me percaté de que soy apenas un tabique en una muralla, una muralla en medio de cientos y miles de murallas más.

En fin: más vale empezar con el pie derecho y tomar algo de ventaja, y qué mejor oportunidad para aprender que la de trabajar bajo la tutela del profesor Romero. A esta conclusión quería llegar, pero creo que me he dejado llevar un poco por mi introducción. Me vuelvo a sentar en la silla de mi escritorio. No quiero aburrirlos más y prefiero cederle la palabra al siguiente alumno en turno, que esta primera clase (a la que yo más bien llamaría un prólogo por lo demás tedioso e ineficaz) se ha alargado demasiado. Estoy seguro de que el siguiente alumno también sabrá qué decir, qué informar: nombre, lugar de origen, semestre actual y, más importante aún, la razón por la cual decidió estudiar la carrera de

Arquitectura. De momento, ustedes ya conocen mis respuestas.

Capítulo 2

II

Elegir equipo, tanto en la vida como en la escuela y quizás también en la jungla, es en mi opinión una de las decisiones más críticas a realizar, o incluso la más. Tal vez esta conclusión suene desmedida, exagerada. Pero es cierto, elegir compañero para un proyecto de curso es algo similar a encontrar una pareja sentimental y firmar con ella un contrato. Esta es la analogía que planteo yo: cuando hablamos de un compañero de equipo hablamos de una persona que te acompañara a tu lado, si bien no una vida, por lo menos sí el transcurso de todo un semestre. Con él o ella trabajarás, discutirás, desvelarás y preocuparás por un fin común. Con suerte también celebrarás y compartirás una misma satisfacción el día de la entrega final. Se alzarán las copas, se derramará la cerveza, brindarán con cantos ebrios y se darán un fuerte abrazo de alivio y alborozo. Es decir, quitando de lado el sexo y la intimidad (o quién sabe, tal vez no), se trata, a secas, de un matrimonio temporal entre colegas. Por esta razón, si coincides con un compañero de pacotilla, de esos que van por la vida como auténticos pelmazos, cruzados de brazos, escupiendo al aire tonterías, haciéndose los genios o los rebeldes o los bufones... bueno, eso cualquiera lo sabe. En dos palabras, una verbo y la otra adjetivo, estás jodido. Verdaderamente jodido. Es crítico, repito, crítico, aliarse con personas competentes. En especial cuando se trata de un taller de diseño como el de Romero. Porque de lo contrario estás jodido.

Como era de esperar, la primera clase no fue como todas las demás. No hubo tiempo para presentaciones acartonadas ni para prólogos desabridos y soporíferos. En todo caso, eso debo de atribuirle a Romero: en su taller de diseño uno siempre está atento y con adrenalina corriendo por el cuerpo. Nunca se sabe cuándo te hará una pregunta, o, peor aún, cuándo te expondrá ante el resto de la clase. Siempre es una cuestión de supervivencia, tener los oídos, los ojos, qué va, todos los sentidos bien despiertos, porque al menor descuido, estás muerto.

No obstante, aquel primer día me fue inevitable entrar al salón con un terrible bostezo y una pesadez molesta incrustada en los hombros: para variar, la clase iniciaba a las siete de la mañana. Lo curioso es que yo parecía ser el único falto de sueño, el resto de mis compañeros llegó con una frescura de superhéroe que simplemente se me hizo incomprendible. Saludé a caras conocidas: el Guatemalteco, Paulina, Lucía Coyler, Héctor Oribe, Nadia O'hara... Antes de que iniciara la clase me vi obligado a correr a la máquina dispensadora por un café americano para azucarar la mente. No es mentira cuando dicen que el mejor amigo del arquitecto es el café y no el perro. El café te puede devolver la vida. Es la bebida sacra que levanta los párpados, agiganta los ojos, energiza la sangre y aviva el alma. Es el elixir de los arquitectos. Aunque he de confesar, y mi bochorno

se dice enorme al decirlo, yo soy más partidario del té verde. El café a ratos me sabe a tierra. Pero en aquel momento no tenía otra opción salvo el café americano de la máquina dispensadora del Depósito, así que me conformé con uno negro sin leche ni azúcar.

De vuelta en el salón con el café en mano, me percaté de que su voz era como decían: autoritaria, firme y hasta podría decirse que algo belicosa. Asimismo, me percaté de que el tipo no se iba con bromas. Su rostro era serio, como incapaz de sonreír. Portaba tirantes azulados, una camisa blanca de botones y unos pantalones oscuros de tela. Luego de que todos tomáramos asiento Romero se paró a un costado del pizarrón, calló un momento (uno que se hizo extremadamente eterno, virtud suya), y después nos dio una bienvenida que poco o nada tuvo de bienvenida. Una bienvenida que más bien fue una advertencia seca y franca:

—Silencio, silencio. ¿Ya puedo hablar? Caramba, cállense de una vez. ¿O se puede saber por qué tanto alboroto?

El hombre hizo otra pausa, y entonces entendí que le agradaba tensar los vacíos. El salón guardó silencio.

>> De acuerdo, de acuerdo. Hoy atengámonos a lo que en verdad nos concierne y si algo ha de importarnos aquí es la arquitectura. Ya lo dice Chipperfield, la diferencia entre la buena y la mala arquitectura es el tiempo que le dedicamos a ella, así que mientras más rápido sorteemos estas introducciones fastidiosas más tiempo tendremos para hacer lo que realmente nos incumbe. A mí me gusta ser claro y directo. Y por ello se los diré sin ambages, queridos muchachos: sus excusas me valen un carajo. No es una advertencia panfletaria, tampoco un chiste de mal gusto. Es una aclaración bienintencionada. Pueden hacer de sus vidas lo que se les antoje. Pero no quiero que estas se interpongan en mi taller. En verdad, no me podrían importar menos. Disfruten de ellas, pues son jóvenes. Pero si hay algo que aborrezco, son los pretextos. En mi taller no quiero pretextos. Mis años me han ensañado que los estudiantes son proclives a evadir las consecuencias a fuerza de excusas y esto no lo soporto. Repito, y no me canso: lo aborrezco.

Ni siquiera su nombre, su experiencia profesional, un buenos días. Qué va. Nada. Vaya, que se había levantado con el izquierdo. Aquellas fueron sus primeras palabras. El hombre se pasó la mano por su cabeza, al centro calva y con una coronilla de cabellos entrecanos alrededor. Le dio un sorbo pausado a su café caliente, carraspeó, y como si nada, continuó:

>> Y si les digo esto, no lo digo en vano. Yo no digo las cosas en vano. Si les digo esto es porque allá afuera las excusas tampoco le importarán al cliente y mucho menos al mundo. Mi compromiso es prepararlos para el porvenir, muchachos. Y el porvenir se dice difícil y competido. El porvenir

no presta atención a las excusas. Esto es una verdad que no se les repite con frecuencia y es una tremendísima pena. Si uno llega tarde, si uno obvia el pasado, si uno descuida las ideas, si uno trabaja sin pies ni cabeza... Recuérdelo, el arquitecto trata con vidas y sueños humanos. Y un error puede costar mucho. Muchísimo. Una casa derrumbada, un puente colapsado, una gotera de por vida. Esas son las tragedias que nos acechan sin descanso.

Otra pausa larga, otro sorbo tranquilo al café. Su discurso bajó de tono, encontró un remanso de humor.

>> Me imagino que todos estarán cursando su séptimo u octavo semestre. Eso significa que están a un año o dos de graduarse, si no me equivoco. Eso también significa que el golpe de realidad se les viene encima. Vaya que se les viene encima.

Dejó escapar una risilla cínica y acto seguido nos miró a unos y a otros como buscando respuestas en nuestros silencios blancos. Examiné con detenimiento su fisonomía: Romero era de tez clara, portaba anteojos y su barba era una tupida, rasposa y entrecana, cubriéndole la mandíbula y el mentón. Su mirada era fría, muy fría. Asimismo, Romero era más bajo y menudo de lo que imaginaba. Era delgadísimo, no diré que delgado hasta los huesos, pero sí delgado como un árbol en invierno, con muy poca evidencia de musculatura. A lo sumo mediría un metro setenta, evalué. Aun así, no precisaba de mayor presencia física para avalar autoridad, su voz hacía todo el trabajo. Definitivamente no era nada de como yo lo había imaginado, y fue así como confirmé lo siguiente: el mito siempre tergiversa la realidad.

>> Yo les pregunto: ¿Se conformarán con un suelducho de ocho mil pesos? Porque eso es lo que les espera allá afuera. Un suelducho de ocho mil pesos. Y si no se toman en serio su disciplina, en esos ocho mil pesos se estancarán. Yo estoy aquí para decirles la verdad, ese es mi compromiso. Atrás quedaron Tijeritas I, Reglitas II y Papelitos III. Aquí estamos para hacer arquitectura seria, muchachos. Para eso estamos aquí: para que se planteen qué clase de arquitectos quieren ser hoy y mañana. Aquí es donde empiezan a diferenciarse del compañero que tienen a un lado, porque, al fin y al cabo, no son sino ellos sus competidores del futuro próximo. Ustedes deciden si serán otro arquitecto más del montón o si descollarán como los grandes, porque, escúchenme bien, excedente de ineptos, existe, y lo tengo muy presente. ¡Todos los días! En la oficina me llega cada candidato a pedir empleo que... bah, para qué decirles. Conozco varios arquitectos que ni un maldito baño saben dimensionar. ¡Ni un maldito baño! Arquitectos mediocres. Digámoslo sin miedo: en el mundo abundan los arquitectos mediocres.

Por lo visto, su mano derecha era su mano oradora. La blandía de aquí para allá, la agitaba en el aire cada vez que buscaba darle énfasis a una

sentencia suya. La izquierda estaba, por el contrario, rígida y estacionada en su angosta cadera.

>>El que piense que esta será una clase fácil como las otras, no me haga perder el tiempo. Se los advierto. Si alguien piensa así, sálgase de una maldita vez. Váyanse con alguno de esos profesores que les dan palmaditas en la espalda y les enseñan a disponer espacios como cualquier persona racional es capaz de hacer. Me harán un favor a mí, pero, sobre todo, a ustedes. Escúchenme bien. Se harán un favor a sí mismos.

El hombre extendió la mano, señalando la puerta. Y guardó silencio. Y guardó otro maldito silencio debajo del primero. Se nos quedó mirando fijamente con aquellos viejos lentes rectangulares que le otorgaban cierto aire de sabiduría. ¿Qué carajos esperaba Romero con aquella introducción del carajo? ¿Que alguien se levantara y saliera del salón, así como si nada, y dijera: sí, muchas gracias, profesor, nos vemos el siguiente semestre? No. Pues claro que no. ¿Qué diablos le sucedía en la cabeza profiriendo aquel discurso de orador endemoniado?

>> Cierto es, algunos ya trabajaran, o al menos están pensando en hacerlo, si bien estoy seguro de que la mayoría sigue financiada por sus padres. Si este es el caso, se los planteo de la siguiente manera: si no quieren hacerme caso a mí, piensen entonces en ellos. En sus padres. Tan solo pregúntense: ¿cuánto pagan ellos para que ustedes puedan estar aquí, en este salón, escuchando a un viejo amargado hablar y hablar? ¿Cuánto? ¿Cien mil pesos el semestre? ¿Ciento veinte mil? ¿En cuánto está la colegiatura este año? Subió, ¿no es así? Es un robo lo que les hacen, en verdad. Esta universidad va a terminar dejando desnudos a todos sus estudiantes. Eso es un hecho, créanme. Eso es lo que cuesta la educación privada hoy en día. Pero así de roto está el sistema. ¿Y qué les ofrecen? Vamos, hagan las cuentas.

Romero preguntó por el precio de una clase, y un alumno, no sin cierto miedo apreciable en su dubitativa voz, le dio una respuesta aproximada. Acto seguido Romero alzó el rostro y fue en ese momento, en ese momento tenso y efímero, que nuestras miradas se cruzaron por primera vez: profesor y estudiante. Pude ver en sus ojos seriedad, advertencia, cinismo. Se dio cuenta de que lo miraba, y desconozco si fue quimera mía o realidad pura, pero una sonrisa apenas legible, guasona, apareció en la esquina más seca de su boca. Maldije dentro de mí e inmediatamente desvié la mirada, primero en las ventanas del costado y luego en mis zapatos tristes y ya después en la loseta cerámica grisácea del piso. Pero incluso así sus ojos fríos continuaron mirándome. Me miraban obstinados desde una esquina incierta del salón y me miraban marrones, ese mismo marrón que uno ve en los ladrillos de arcilla secados al sol. Los ojos de Romero podían tener el color de la arcilla y sin embargo era tan fríos como un perfil de aluminio o una viga de acero, eran inexpugnables como

una muralla alta hecha de piedras ciclópeas. ¿Por qué Romero nos recalca todo aquello con tanto ímpetu? ¿Por qué nos tomaba? ¿Por alumnos de nuevo ingreso? ¿Por idiotas? ¿Por arquitectos bisoños?

Para distraerme y arrancarme el fastidio, eché un vistazo al salón, tal vez adelantándome a ese necesario ejercicio de reconocimiento y sondeo, observando los rostros distintos de mis compañeros con la ilusión de encontrar algún conocido. ¿Qué estarían pensando ellos? ¿Qué clase de pensamientos extraños y oscuros estarían germinando en sus pozos cerebrales al escuchar el discurso febril de Romero? Quería desnudar sus cráneos para descubrir las geometrías dibujadas dentro. Quería estudiarlos para empezar a descartar o encontrar fuertes candidatos para formar mi equipo de trabajo. Debía aprovechar el tiempo. Por las entrevistas que había realizado a exalumnos del taller de Romero, estaba casi seguro de que trabajaríamos el proyecto de curso, si no es que en tercias, al menos sí en parejas. Por ello, el sondeo era fundamental.

Claro, ahí estaban los esperados: René Cuervo, Leandro Díaz, Ivette Cabassi, Darío Frech, Joaquín García Ceballos, Ricardo el Loco, Lucía Coyer. Cada uno distinto y único a su manera; se puede escribir una extensa enciclopedia describiendo sus perfiles y en aquel instante tan solo realizaba un modesto sumario observándolos: Cuervo y Díaz, arquitectos soñadores, de los que imaginan mucho y plasman poco, aunque de gran sabiduría técnica; Ivette, Darío y Joaquín, apasionados pero también altaneros, arquitectos intelectuales que siempre buscan revisar el pasado y salir con la propuesta más rimbombante para conseguir el aplauso de los profesores y la admiración de los colegas. Lucía, amable y dotada de una gran sensibilidad artística, una arquitecta escultórica. En cuanto a Ricardo el Loco, bueno, el nombre lo dice todo, un rockstar con ideas subversivas y proyectos ruidosos, que siempre busca ir en contra de las convenciones y el academismo. No tuve tiempo de revisar al resto porque volví a Romero:

—Allá afuera hay muchas personas que darían lo que fuera por estar en su lugar, muchachos. Personas con hambre de triunfo, personas con ganas de aprender y de hacer. Y yo sé que lo saben. Sé que lo saben a la perfección. Pero siempre me gusta recalárselos al principio del semestre porque constantemente parecen olvidarlo. Lo olvidan con habitualidad. Será la única vez que lo haga, y de mí tienen esa promesa. Así que esto es algo sencillo. No me hagan perder mi tiempo, ni el de sus padres, ni el suyo. Si metieron este taller pensando en que sería un mero trámite, están en el lugar equivocado. Y por eso insisto en la bondad de esta puerta. No juzgaré a nadie. Si hay algo que detesto, aparte de los pretextos, eso claro ya está, es el tiempo despilfarrado. Porque el tiempo despilfarrado es vida y oportunidad despilfarradas. Así que ustedes deciden.

Obviamente, nadie evacuó el salón de clase. De tal modo que Romero asintió, y tomó aquel mutismo como motivo para seguir y darle un giro a su discurso. Su tono de voz cambió drásticamente. Su tono de voz pasó de amenazante a apasionado. Y fue aquí cuando bajé un poco la guardia y comencé a escucharlo con mayor atención.

>> Muy bien. Dicho todo aquello, si me gustaría comentarles que, de decidirse quedar y poner su empeño total en el curso, yo haré lo posible, moveré cielo, mar y tierra por transmitirles todo lo que esta vida me ha dado a entender sobre la arquitectura, desde la cabaña de Vitruvio hasta las enseñanzas de Le Corbusier hasta las mañas más lamentables que todo arquitecto debe saber. Sí, uno debe saber cómo lidiar con la maldita burocracia de este país. Los llevaré al límite para que descubran uno nuevo. Haré lo posible por hacerlos relucir como los arquitectos que son. O, mejor dicho, haré lo posible con aquellos que pueden llegar y estén dispuestos a serlo. Porque es cierto, no todos están hechos para esto. Y esa es otra verdad que frecuentemente les esconden: sin talento no se puede llegar lejos. Y si no tienen pasión, peor aún: aquí solo están retrocediendo. Si no tienen pasión por esta disciplina, los invito una vez más a salirse del salón. Lo digo por ustedes, muchachos. A mí no me puede importar menos. No hay nada más enfermizo que la indiferencia y la mediocridad. Si están aquí porque quieren contentar a sus padres, porque no tuvieron las agallas de elegir otro camino, porque se acostumbraron a la inercia o porque simplemente les vale una mierda lo que hacen con su día, es momento de replantearse ciertas cosas. No obstante, confío en que la mayoría de ustedes está aquí presente porque de verdad quiere estarlo y presume la destreza necesaria para devenir en grandes arquitectos. Créanme que, si no fuera por ustedes, ya me hubiera dado un tiro hace mucho tiempo. El aula es la esperanza y la desesperanza, y no se diga más.

Silencio. Miré a izquierda y derecha, y todos mudos. Después de tantas palabras, silencio. Silencio abismal. <<Ya me hubiera dado un tiro hace mucho tiempo>>. Esa frase se estancó en mi cabeza como piedra en el lodo, y por razón sabida, o sea, mi locura morbosa, me figuré a Romero con un revólver apuntándose la sien. Entonces la puerta del salón se abrió. Se abrió de pronto y un estudiante apareció en el umbral, y Romero lo observó como si en realidad tuviera un revólver en los ojos o en las manos. Todos voltearon inmediatamente a ver al susodicho. Fruncí el ceño. ¿Quién rayos podía ser a esta hora?

Capítulo 3

III

Me tomó dos segundos el darme cuenta de que aquel estudiante parado en el umbral era nada menos que un pobre confundido. Solo un novato de primer o segundo semestre osaría interrumpir una clase así, de forma tan alborotadora. Su intervención me causó risa, aunque después cultivó cierta compasión en mí. El pobre jadeaba y sudaba de la frente, alterado; no tendría más de dieciocho. Iba equipado: llevaba portafolio y una regla T de madera en la mano izquierda. El detalle me resultó extraño siendo el primer día de clases; no obstante, también me hizo recordar mis primeros años como universitario y, sobre todo, evocar el material de trabajo tan variado que utilizaba para las asignaturas de dibujo técnico, antes de tener que emplear la computadora para hacerlo todo. Alguna vez yo también deambulé por los pasillos del Depósito cargando un portafolio negro de plástico y una regla T de madera, tal como aquel muchacho que ahora jadeaba en la puerta y le causaba un tremendo fastidio a Romero. Es más, recordé aquel mismo día cuando fui acompañado por mis padres a Lumen, una tienda conocida de la ciudad especializada en utensilios de arte y diseño donde se puede hallar de todo, desde caballetes hasta pinceles, carbones y aceites. Fui a la sucursal del Centro, no la de Contry, y al salir de aquella tienda me sentí como un niño de primaria a punto de entrar a clase, quiero decir, con tres bolsas en mano a reventar de material escolar y una sonrisa de entusiasmo en el rostro por utilizarlos todos: juego de escuadras, cartabón, escalímetro, transportador, portaminas, estilógrafo de tinta, tablero de dibujo, cojín para borrar, cepillo, plantilla de círculos, goma, sacapuntas, docena de lápices profesionales (desde grafito 6B hasta grafito 6H), carboncillo, láminas de dibujo, portaplanos, marcadores, cinta adhesiva. Así era como hacían los planos antes, sobre tableros de dibujo equipados con tecnígrafos, empleando toda suerte de reglas, lápices, tintas y demás utensilios. Si uno mirara fotografías de las oficinas de arquitectura de la década de los sesenta, uno se toparía con salones enormes (en verdad enormes) invadidos por restiradores colosales y aparatosos. Estos restiradores eran a su vez ocupados por insignificantes arquitectos, cuya demandante y principal tarea consistía nada menos que en elaborar a mano planos arquitectónicos las veinticuatro horas del día. Ahora, gracias a la invención de la computadora y diversos softwares de dibujo, las oficinas se han vuelto mucho más compactas, y, en consecuencia, de una visual menos impactante.

—Parece que se te descompuso la brújula, compañero. ¿Qué se te ofrece?

—Esta... esta... —Apenas recuperaba el aliento el pobre—. ¿Esta es

la clase de Creatividad en el Diseño con la profesora Arnaud?

—¿Acaso me ves cara de profesora? —soltó Romero con sarcasmo.

—No... —balbuceó el otro.

—¿Entonces? ¿Qué salón es el que buscas?

—101-J.

—Este es el 101-K. El 101-J es el siguiente.

—De acuerdo... gracias.

Y así como entró de golpe, así también se fue, el muchacho se esfumó tal cual liebre despavorida. A Romero le tomó un momento retomar el habla. Se ajustó los lentes y alzó las cejas, pasmado un poco.

—Estos nuevos no dejan de sorprenderme. Cada vez los noto más torpes y asustados. Me pregunto qué tanto les dirán en las juntas informativas. En fin. Regresando a temas más importantes. —Otro sorbo a su vaso de café, y entonces sospeché: o bien los sorbos de Romero eran mínimos, o el acopio de aquel vaso de plástico era mágicamente inacabable—. Durante los siguientes meses, que a mi parecer no son sino los mejores del año, el proyecto que trabajaremos será, más allá de intrigante o retador, necesario: este semestre nos centraremos en el diseño de una residencia universitaria. Como lo sabrán, la preocupación primordial de este taller es el espacio colectivo, y para abordarla no encuentro un ejercicio de diseño más adecuado que la creación de un ecosistema de vivencia estudiantil. Y especifico que es un proyecto necesario porque representa una oportunidad para, a partir de una reflexión crítica de sus vidas diarias, señalar los defectos y fortalecer las aptitudes de la arquitectura destinada a estudiantes como ustedes. Una ocasión magnífica para desempolvar sus cerebros, sensibilizar los sentidos y hacer de la arquitectura su voz. Por esta misma razón, ¡quiero ver ideas brillantes, revolucionarias, apasionantes! Y trabajo: aquí habrá trabajo hasta el cansancio. Ya se los dije, y se los repito una vez más, muchachos: habrá trabajo de sobra.

El hombre hizo una pausa más. Levantó el índice y con la otra mano se rascó la barbilla. De nuevo aquella odiosa tensión.

>> Quisiera añadir, ya para cerrar este punto, que enviaremos sus propuestas finales a concurso. El Colegio de Arquitectos de Nuevo León, del cual formo parte, en colaboración con diversas universidades de la ciudad, acaba de lanzar una convocatoria apelando a la participación de arquitectos jóvenes. La competencia busca recoger y premiar ideas

innovadoras con respecto al tema, la vida universitaria. Residencias, aulas, parques de convivencia y ocio, auditorios, salas de exposición, cualquier tipología o programa que gravite alrededor de este tema se dice válido e importante. No por nada la premisa y el título del concurso son, en sí, una misma pregunta: << ¿Qué espacios exige el nuevo estudiante del siglo XXI?>>. Después hablaremos a detalle de fechas, requisitos y demás, pero de momento, no se molesten en idear preguntas, que no contestaré ninguna. Se los comento con la única intención de sembrar una semilla o disparar un mecanismo en ustedes; les sugiero comenzar a madurar ideas y reunir esfuerzos para esta nueva encomienda. Huelga decir que habrá sustanciosos estímulos económicos para aquellos que resulten triunfantes por decisión del jurado. Pero por encima de esto, valoro más gratificante aún la oportunidad de dar a conocer su trabajo al público, y espero que puedan aprovechar esta circunstancia al máximo. Es sin duda una oportunidad única, muchachos.

Luego de aquella noticia los cuchicheos se desbocaron, las voces corrieron entre sospechas e interjecciones sin control. Había concurso. Yo, parapetado en mi silencio, comprendí dos verdades: la primera, la recompensa de la clase se volvía aún más seductora, y, por consecuencia, la avidez de mis compañeros se intensificaba en el acto. No solo estaba en juego un puesto de empleo, sino, además, un concurso de arquitectura. Y en cuanto a la segunda verdad: escoger equipos se tornaba, ahora sí y definitivamente, en una situación de vida o muerte. Aunque debía reconocer, y hasta en cierta manera me parecía lógico, en clase me acompañaban colegas de gran calibre académico y capacidad creativa. A pesar de mi queja constante, de más estaba decir que cualquiera podía fungir como un buen compañero de trabajo. A la mayoría los había tratado muy poco en persona, pero sabía bien de qué pata cojeaban. Había valientes como yo (a saber, jóvenes responsables de su futuro laboral, pero con apego a su salud mental), como así también había estudiantes masoquistas o petulantes o idealistas, acostumbrados a esa suerte de exigencias. Ya se los había definido: me refiero a los que les gusta hacer alarde de su pasión desmesurada por la arquitectura, aquellos que leen a Frampton como si fuera la mismísima Biblia o a los que tienen el estilógrafo tatuado en el antebrazo o a los que se saben el año, el día y la hora exacta en la que nació y murió Louis Kahn. Me refiero a los estudiantes que anhelan ser arquitectos de verdad. Los Romeros en potencia.

>>Dejando de lado aquel tema... Habrán escuchado hablar sobre Schopenhauer. ¿Sí? ¿No? El filósofo alemán, para los ignorantes.

No hubo respuesta por parte de mis compañeros, desnortados aún por la noticia del concurso, de modo que Romero decidió continuar.

>>Tiene una célebre frase que lee así: <<La arquitectura es música congelada>>. ¿La han escuchado? Es famosilla. ¿Sí? ¿La han escuchado?

¿Algunos? Vamos, ¿es que acaso son iletrados ustedes o qué?

Unos pocos se aventuraron a decir que sí. En mi caso, era la primera vez que la escuchaba: <<La arquitectura es música congelada>>. Seguía pensando en el concurso. ¿De cuánto sería la recompensa? Romero formaba parte del Colegio de Arquitectos. ¿Eso quería decir que quien ganara el concurso sería contratado por el profesor? ¿Cuándo era la fecha de entrega? ¿Cuántos integrantes estaban permitidos? Debía ser más rápido que el resto, y para ello debía ponerme a trabajar en cuanto antes. Era esencial saber las bases del concurso.

Tranquilo, Paco.

>>Me fascina esta frase.

Romero, con toda la tranquilidad del mundo, pasó al pizarrón a escribirla, y todos miramos cómo aquel plumón negro dibujó aquella caligrafía perfecta, insuperable. Me quedé impresionado porque la frase quedó totalmente recta, sin necesidad de ninguna línea guía.

>>Si no la han escuchado, verséense más. Arquitecto que no lee poesía, que no sabe de arte, de música, de literatura, es arquitecto mediocre. Recuérdenlo bien. Y yo creo que no puede haber mejor forma de definirla que así como lo hizo Schopenhauer. Porque, en efecto, la arquitectura es música congelada, y maldigo a todo aquel que no concierte con esta frase. La arquitectura es la poesía que nos da cobijo y la compañera más fiel. Es la tierra, el techo, el pilar, la calle, la ventana, el banco, la silla, el salón, el aire. Lo curioso es que, en contraposición, el ser humano es tan solo un simio. ¿No les parece? Y si no me creen, los invito a formar parte de los embotellamientos de la Avenida Constitución, cualquier día de la semana, de preferencia de seis a siete de la tarde. La gente pierde los estribos, se vuelve loca, torpe, imprudente, egoísta. ¿Y por qué? Porque la gente no puede esperar. Pita el claxon sin propósito alguno. Ahí habrá prueba suficiente. El ser humano es un maldito simio, y punto. No es algo de lo que debemos estar avergonzados: está en nuestra naturaleza, y no hay gran remedio para corregirla. Pero cuando el ser humano es capaz de crear algo tan noble como lo es una canción, una pintura, o en nuestro caso, un espacio que levanta emociones, deja de serlo. Deja de ser un simio y se vuelve algo más. Se vuelve un ser racional y con propósito. Esa es la belleza del ejercicio de la creación, o por lo menos de la innovación, porque creación pura, como tal, no hay: nos proporciona sentido en este caos absurdo que es la vida. Con el arte se vence la muerte. Mantiene nuestro maldito cerebro ocupado, muchachos. ¿Felicidad? ¡Con un carajo! Ocupación. Eso es lo que necesitamos hoy en día: estar ocupados, usar la mente, que cuando la dejamos vagar libre le encanta tentarle al abismo. Aquel que diga que el ocioso es feliz, que me perdone, pero es un idiota con micrófono. A eso es lo que estamos apostando nosotros en este taller. No a una maldita calificación. No a un maldito espacio burdo, inútil,

mundano, rodeado por cuatro paredes sin vida ni propuesta. Estamos abogando por la innovación arquitectónica. Por el uso de la mente crítica. Por el espacio emocional. Y eso quiero ver en ustedes: mentes críticas. Porque de esta universidad y de muchas otras saldrán los siguientes Le Corbusiers, los Mies van Der Rohes, los Franklin Lloyd Wrights, los arquitectos que moldearán las formas de vivir de las generaciones del porvenir. Y si nos dedicamos a darnos palmaditas en la espalda y a hacer arquitectura convencional y a pensar que las clases meramente están para pasarlas, no lograremos nada. Nos estancaremos. Nos quedaremos atrapados bajo la miseria de nuestros propios techos. Y eso es un daño irremediable. Aquí es donde empieza todo, en el aula. Eso es lo que estoy buscando en ustedes.

Después de aquel discurso, nadie se atrevió a lanzar comentario alguno. Yo me limité a observar de nuevo a mis compañeros, y pese a que identifiqué a unos pocos que parecían compartir el mismo rostro de desconcierto que yo, muchos otros escuchaban atentos al profesor, como si estuvieran de acuerdo con todo lo que acababa de mencionar, como si fueran niños ilusos con ojos brillantes escuchando el discurso triunfante de su líder. Yo no convenía con algunas de las opiniones de Romero, y me urgía ir al baño, pero ni de loco quería aventurarme a contraargumentarlo o salir del salón, así como si nada.

Por otro lado, en mi mente tenía ya tres candidatos con los que podía formar equipo de trabajo: Andrés, Paulina y el Guatemalteco. Reconozco que no he hablado mucho de ellos, pues he esperado el instante justo para hacerlo. En aquel salón de clases eran las únicas personas con las que verdaderamente me sentía cercano; con el resto de mis compañeros, si bien conocía sus perfiles, no presumía ninguna conexión íntima y tampoco era que me interesara mucho el establecerla. Si el proyecto se trabajaba en equipo de dos, como pronosticaba yo, debía elegir a uno de los tres. O en todo caso, como el número de alumnos del taller era impar, diecinueve, era posible formar con dos de ellos una tercia. La alternativa más deseada era formar un equipo con Andrés y Paulina. Sin duda eran los candidatos ideales. Había compartido un par de clases con ellos en el pasado (no recuerdo si Diseño Bioclimático o Diseño de Estructuras de Concreto con Castaños, el de los códigos indescifrables en plumón azul), y sabía que ambos eran excelentes para trabajar. Es bien sabido que su ética de trabajo es inigualable, y sin duda, siempre se han mantenido como los mejores promedios de mi generación. Y si mi objetivo era ganar el concurso y con ello ser contratado por Romero, tenía que trabajar con ambos.

El Guatemalteco, por otro lado, es mi mejor amigo de la universidad. Con él he formado equipo en muchos otros cursos anteriores; en aquel instante de sondeo lo consideraba mi opción B, no porque lo creyera un compañero poco habilidoso, sino porque quería cambiar de aires y trabajar por primera vez con Andrés y Paulina. Basta decir, el nivel

de trabajo del Guatemalteco, o Gustavo, como en realidad se llama, es tan bueno como el mío (e incluso a veces mejor, cuando se lo propone). Su único problema es que en repetidas ocasiones le gana el vicio de la postergación. En efecto, el Guatemalteco es de tendencias suicidas: a veces, no siempre, prefiere solucionar proyectos enteros en un par de desveladas salvajes. Trabajar de forma sostenida durante semanas a un ritmo mucho más moderado... bueno, no es lo suyo. Aunque es mi amigo desde hace tiempo, sabía que trabajando con él tenía menos posibilidades de ganar el concurso que si lo hacía con Paulina y Andrés.

El profesor Romero, por su parte, algo inspirado, continuó hablando, aunque dejé de prestar atención a su discurso, que ya se extendía demasiado. Solo entendí, por las palabras que rescataron mis oídos de tanto en tanto, que hablaba de su ídolo Le Corbusier, reiterando cómo este se volvió uno de los más grandes arquitectos del siglo XX a través del ejercicio autodidacta. Pocos arquitectos son capaces de despertar en Romero un respeto, y todavía son menos los que siembran en él una admiración profunda. Uno de estos pocos era nada menos que Le Corbusier. Romero no lo aduló de forma pomposa e inverosímil, sino que en verdad mostró una gran admiración por el maestro. Nuestro profesor narró parte de la trayectoria profesional del arquitecto europeo, desde las villas rústicas construidas en su natal Suiza hasta el Museo Nacional de Arte Occidental en Japón, y nos dijo cómo nosotros también debíamos seguir su ejemplo y aprender de él, del gran e inigualable Le Corbusier.

Mientras pensaba en estrategias, alianzas y equipos, y Romero continuaba con su carta de amor al suizo, me quedé observando a Paulina, aquella estudiante callada y sentada al otro lado del salón, a un costado de Andrés. Sentía sutil atracción, o sea, curiosidad leve y magnetismo inexplicable, por trabajar con ella. Irónico es, en ocho semestres como estudiante universitario no he corrido la suerte de salir con ninguna arquitecta. Ni siquiera a caminar por el parque o asistir a un concierto de rock. Me tocó ir al cine con una estudiante de Psicología, cenar tacos con una muchacha de Mercadotecnia y Publicidad, pasear perros con una de Leyes, pero nunca con una estudiante de Arquitectura. Tampoco es que haya salido con muchas chicas, pero siempre me he hecho la misma pregunta: ¿Acaso se trata de un maleficio? ¿Es que un arquitecto no puede salir con una arquitecta? Y debo reconocerlo, la Facultad de Arquitectura es famosa por tener estudiantes muy bellas e inteligentes, y eso no es ninguna mentira. Aún recuerdo mi primera semana como estudiante de Arquitectura. Los ojos se me iban de un lado al otro, maravillados, como un par de díscolos. Había mujeres hermosas por todas partes, y talentosas por igual. Me sentía como un pobre marinero caminando por la costa de una isla nueva, embelesado por las sirenas sentadas en los riscos del mar azul, aquellas mismas sirenas que medían planos con escalímetros de plástico o escribían fórmulas de mecánica en

algún pizarrón blanco.

Fue también a principios de la carrera que viví una experiencia con el sexo contrario que dejó gran impronta en mí. Ocurrió en la clase de Dibujo Artístico, cuando tuve que dibujar a una mujer desnuda. La muchacha era una estudiante de Arquitectura de noveno semestre, a punto de graduarse. En el salón de clase formamos un círculo alrededor de ella, y cada uno se encargó de bosquejar una parte de su atlético cuerpo: las pantorrillas carnosas, las facciones finas, los tobillos anchos o la espalda menuda. A mí me tocaron los senos, estos puntiagudos, tiernos y de pezones purpúreos, como también los hombros, estos soplos de piel por su parte algo desparramados, suaves y salpicados por constelaciones de lunares cafés. Dibujar estas formas suyas resultó un ejercicio nuevo y quizás un tanto incómodo, pero a la vez interesante. Aquel día entendí que el cuerpo humano es también arquitectura: somos columnas de hueso, paredes de grasa y músculo, recubrimiento de vello, calcio y piel. Y también entendí, o más bien reafirmé, que los senos de la mujer son verdaderamente hermosos. Vaya que lo son.

Paulina es de mi generación: cabello castaño, ojos negros algo nostálgicos en forma de almendra. Siempre ha mostrado un interés por el diseño biofílico (lo sé porque en todos sus proyectos incluye techos verdes), y se me hace una chica demasiado creativa y competente. Me pregunto cómo tiene el tiempo para hacer proyectos tan increíbles y no perder la vida en el proceso. Jamás la veo llegar tarde a clase, ni despeinada, ni desvelada, sin ninguna huella de desequilibrio. Jamás. Más que una inclinación romántica, me gusta creer que se trata de una admiración profunda hacia su trabajo (aunque, ¿acaso no es ello lo mismo, idiota?). A Paulina la puedo considerar mi amiga, si bien no una tan cercana como para confesarle mis secretos más oscuros ni tampoco una tan desconocida como para no saludarla en los pasillos. En aquella primera clase me le quedé viendo. Me le quedé viendo como un bobo. Tal vez más de lo que hubiera imaginado, porque terminé ignorando la última parte del discurso de Romero, el cual, paradójicamente, se había extendido más que cualquier otro. El profesor había dejado de hablar sobre su ídolo Le Corbusier, y solo conseguí rescatar las últimas frases de su cierre:

—Si tienen alguna duda, después hablaremos de ello. Solo era para darles un breve adelanto.

Cuchicheos y más cuchicheos. Me había perdido de algo importante. O tal vez de mucho. Dejé de observar a Paulina y me acerqué un poco al Guatemalteco y le pregunté por qué aquel alboroto.

—Nada, ¿vos querés hacer equipo? —me preguntó Gustavo, secuestrándome de mis propios pensamientos—. Romero acaba de decir

que el proyecto es en parejas.

Callé por un momento.

—¿Qué dijiste?

—¿Acaso sos un sordo? Que si vos querés hacer equipo. El proyecto es en parejas.

Maldita sea. Llegaba el momento de elegir equipo, de hacer un movimiento sensato, y yo parecía estar construyendo iglús en la luna. Le di un vistazo de soslayo a Andrés y Paulina. ¿Y si le decía al Guatemalteco que ya tenía equipo? No le podía hacer eso a mi amigo.

—Pues... estaba pensando...

—¿Entonces? —insistió él—. ¿Qué decís? ¿O ya tenés con quien trabajar?

Mentirle a mi amigo no solo era injusto, sino además riesgoso. ¿Qué pasaba si le decía que no a Gustavo, y a un mismo tiempo, al acercarme a Andrés y Paulina, me enteraba de que ellos no querían formar una tercia conmigo? O peor aún, ¿qué tal si el único equipo de tres ya estaba formado? Me quedaría sin equipo. Me vería obligado a asociarme con un extraño.

—Este... —Mi voz dudó y se quedó estancada. ¿Qué hacía?

Gustavo sonrió ante mi indecisión. Sabía leerme la mente a la perfección.

—Digo, si no querés, está bien, loco. Pero decilo. Ya sé que no soy de tu agrado.

—Y luego dices que el melodramático soy yo —le contesté—. Está bien, hagamos equipo.

Antes de que el Guatemalteco me contestara, la voz de Romero se elevó y sofocó a todas las demás.

—Silencio, silencio, ya. Suficiente. Demasiado escándalo. —El hombre se concedió otra pausa para darle un último sorbo a su café y tirarlo a la basura. La primera sesión llegaba a su fin—. Para darle más velocidad a la clase y empezar de lleno con el proyecto, diré lo siguiente. Recurriré a esta máxima: antes de diseñar es preciso investigar. Si uno diseña sin educación, sin referencias, sin cimientos, está destinado al fracaso, o más grave aún, a la humillación de uno mismo. En primer lugar, quiero que esta semana indaguen sobre las necesidades biológicas y psicológicas de un estudiante contemporáneo y el equipamiento mínimo que debe tener cualquier residencia universitaria. Estoy persuadido de que estos temas

les serán de su mayor interés. Y les advierto que, si no investigan, ni se importunen en venir; mejor tómense la mañana libre, que entre dormir en la cama y dormir en la silla del aula, yo habitúo decir que es preferible la cama. Y segundo, para la entrega de este primer parcial quiero que presenten un caso de estudio. Tendrán alrededor de cuatro semanas y media para desarrollar esta primera encomienda, lo que a mi parecer, es tiempo más que suficiente. Esta primera encomienda me servirá, más que nada, para darme una idea de lo que son capaces de hacer y a qué extremo será posible llevarlos este primer mes. Todos saben qué implica un caso de estudio, ¿no es así? ¿O acaso debo explicárselos como a los muchachos de nuevo ingreso? Para escatimarnos desilusiones, les haré el favor de refrescarles la memoria: para materia nuestra, un caso de estudio es una investigación a fondo de una obra arquitectónica o un conjunto de ellas. Les otorgo cuatro semanas y media, un periodo que a muchos desconcertará por lo inusualmente extenso, porque espero de ustedes un análisis de la más alta calidad. Muchos profesores y arquitectos toman el proceso de investigación y preparación a modo de broma. Pues ese no es mi caso. Por tanto, para esta primera encomienda voltearemos a la arquitectura del pasado para examinar qué es lo que se ha hecho hasta hoy, qué residencias universitarias fueron las más destacadas e innovadoras en su debido momento, y por qué, y en qué fallaron y en qué sobresalieron: aprenderemos del pasado para modificar el presente y replantear el futuro. Incursionaremos en específico en el siglo XX y en los albores del nuestro, y le daremos una mirada más cercana a la obra maestra de Khan, el Salk Institute, examinaremos la residencia Simmons Hall de Steven Holl, revisaremos el Andrew Melville Hall de Stirling en Escocia y la Baker House de Alvar Aalto, e indagaremos en el Harvey Court de Sir Leslie Martin en Cambridge, entre muchas otras. Para esta entrega quiero maqueta de la obra y tres láminas de presentación, tamaño sesenta por noventa. Espero hayan elegido ya a sus compañeros de trabajo, que en un momento más les asignaré su caso de estudio. Y eso será todo por hoy. A trabajar, muchachos, que este semestre pinta bien. Ah, y sí, bienvenidos a mi taller de diseño.

Me volví para intercambiar miradas con el Guatemalteco. Ambos lo sabíamos.

—Se viene duro, loco —me dijo Gustavo, como anunciando el principio de un fin.

—Se viene duro —afirmé, y tragué saliva.